

El Magisterio de Pío XII

Tal vez no sea aventurado el afirmar que Pío XII ejerció el magisterio eclesiástico no sólo más que ninguno de sus predecesores, sino tal vez más que todos ellos juntos. Las numerosas y frecuentes alocuciones; la Prensa mundial que acogía en sus columnas las sabias orientaciones pontificias y, sobre todo, la Radio que llevaba su voz hasta la más apartadas regiones y a muchedumbres que se contaban por millones, dan a esa afirmación un tanto hiperbólica, visos de veracidad.

Podríamos ver como una coincidencia de pensamiento en la última edición (5-1955) COLECCION DE ENCICLICAS Y DOCUMENTOS PONTIFICIOS, Acción Católica Española. Recogiendo los documentos principales relacionados con los problemas más agudos de los últimos tiempos desde 1832 a 1955, la suma sube a 254, divididos así entre los Papas:

Gregorio XVI	1
Pío IX	2
León XIII	9
San Pío X	7
Benedicto XV	1
Pío XI	30
Pío XII	203

Cualquiera podría pensar que Pío XII por su cuna, de raigambre más bien aristocrática y por su educación, intensamente diplomática dentro del sacerdocio, no buscaría el contacto tan íntimo con las masas, y se reservaría más bien en un discreto retiro. Había con todo en su corazón un fuego sagrado que le impulsaba hacia fuera con irresistible presión.

Lo notó sagazmente el Cardenal Gasparri, quien al ofrecer a Pacelli un puesto diplomático y notar en él signos más que de alegre aceptación, de resignada sumisión, le respondió: "Lo comprendo; prefiero ser pastor de ovejas antes que vigilante perro, expuesto a las dentelladas de los lobos."

Pero una vez en el puesto de diplomático puso al servicio de su cargo toda la energía de su alma, toda la finura de su tacto y todos los recursos de su voluntad.

En la Cátedra de Pedro. Su elección como sucesor de Pedro el 2 de Marzo de 1939, lo dejaba sin trabas para una acción pastoral ilimitada en el magisterio.

Con frecuencia, al tratar de dar a las palabras del Papa su verdadero valor, incurren los mismos católicos, por falta de cultura teológica y religiosa, en serias inexactitudes y aun errores. No por ser Papa, actúa el Pontífice siempre como Supremo Doctor de la Iglesia. A veces enseña con plena autoridad y voluntad en cuestiones que se relacionan con la fe y costumbres. Habla entonces, como suele decirse, *ex cathedra*. En esos casos, Dios le ha concedido a su Vicario la prerrogativa, no sólo de no equivocarse, sino de **no poder equivocarse**, como lo indica la significación de la palabra **infallible**. Actos de esta índole son raros en el reinado de un Papa. A Pío XII le tocó el 1º de Noviembre de 1950 la definición solemne, como dogma de fe, de la asunción corporal de María Santísima. Ya el mismo estilo, en sus formas solemnes, anuncia el profundo alcance de las palabras, indisolublemente soldadas a la verdad. Dice Pío XII:

"Después de elevar a Dios muchas y reiteradas preces e invocar la luz del Espíritu de la Verdad, para gloria de Dios Omnipotente, que otorgó a la Virgen María su especial benevolencia, para honor de su Hijo, Rey inmortal de los siglos y vencedor del pecado y de la muerte, para mayor gloria de esta misma augusta Madre y para gozo y alegría de toda la Iglesia, con la autoridad de nuestro Señor Jesucristo, de los bienaventurados Apóstoles Pedro y Pablo y con la nuestra pronunciamos, declaramos y definimos ser dogma revelado por Dios: que la Inmaculada Madre de Dios, siempre Virgen María, cumplido el curso de su vida terrena, fué asunta a la gloria celeste en cuerpo y alma."

Pero la extraordinaria forma de definiciones dogmáticas cede el paso a las más ordinarias de Encíclicas (Carta Circular), Constituciones, Cartas, Alocuciones, Radiomensajes, Discursos..., de carácter predominantemente didáctico. Contienen ellas la exposición de doctrinas conocidas, o resuelven casos prácticos relacionados con la moral o señalan orientaciones y previenen sobre ciertas doctrinas que comienzan a condensarse o condenan algunos libros y pueden ser escollo peligroso para la fe o las costumbres.

Un tercer cauce por donde corre el magisterio de la Iglesia es el de las Congregaciones Romanas que, presididas por un Cardenal prestan su colaboración al gobierno y magisterio oficial del Papa. Ni estos documentos Pontificios ni los actos de las Congregaciones Romanas, gozan del privilegio de la infalibilidad.

Más lógica. Doble es la consecuencia falsa que se deduce al no tener presente la distinción arriba indicada. Unos, por exceso, piensan que **siempre y en todo**, es el Papa infalible. Semejante despropósito arguye una lamentable ignorancia, pues la infalibilidad **por su materia**, está restringida a cuestiones de fe y moral; y **por su forma**, a la actuación del Papa como Doctor universal, **ex cathedra**, es decir, con plena voluntad y plena autoridad.

Otros por el contrario, deducen de esas limitaciones que el católico frente a los documentos no dogmáticos goza de completa libertad para tomar una actitud cualquiera. No es muy lógica esta conclusión, pues todo sabio merece respeto en la emisión de su pensamiento; mucho más, cuando en el caso concreto del Papa sabemos que cuenta, no sólo con la colaboración y asesoramiento de los mejores factores humanos, sino también con la gracia especial de Dios en el magisterio ordinario de su Vicario en la tierra.

Ni debe ese respeto a la doctrina limitarse a un reverente **silencio exterior**, mientras se le niega el **asentimiento interior**. Porque se trata de aceptar una verdad y esa aceptación supone una asimilación interior, aunque no sea absoluta como en el dogma, sino relativa, mientras el Papa no diere otras normas. Con razón determinó el Concilio Vaticano: "No basta evitar las herejías; hay que huir con diligencia de aquellos errores que se avocinan a ellas; y todos tenemos obligación de guardar las constituciones y decretos en que la Santa Sede prohíbe y rechaza las opiniones erróneas aquí no enumeradas. El sentido de esas palabras: "**Guardar las constituciones**" lo concretó con claridad León XIII: "Son católicos aquellos que muestran firme y fiel adhesión a los preceptos y doctrinas propuestos en documentos solemnes de la Sede Apostólica."

¿Doctrina o disciplina? No han faltado quienes creyendo ver en esas diversas formas de magisterio sólo normas prácticas de actuar, afirmaron que en esos documentos no se trata de doctrina, sino de normas de conducta. Afirmación gratuita, pues la complejidad de esos documentos no puede encerrarse en una fórmula tan sencilla. Porque a veces en una sola Encíclica hallamos verdades dogmáticas, doctrinales y normas prácticas de conducta. Se impone con frecuencia el estudio detenido de cada párrafo para concretar su alcance.

Pero aun en la hipótesis de que su contenido fuera meramente disciplinar,

pide la prudente razón que los fieles obedezcan al Papa, como los soldados en campaña a su general. Tanto más cuanto que en las medidas disciplinarias que abarcan a toda la Iglesia, palpita, como atinadamente observa Azpiazu, la infalibilidad pontificia; ya que correría riesgo la misma seguridad de la Iglesia si su magisterio recomendara actos y prácticas que no se compaginan con las normas de la moral.

Resume diáfano estos pensamientos Pío IX con estas palabras: "A los católicos verdaderamente sabios y prudentes no les debe bastar aceptar tan solo los dogmas propuestos solemnemente por la Iglesia, sino que deben además someterse a las decisiones doctrinales que, aunque con menor solemnidad, emanan, ora del mismo Pontífice, ora de las Congregaciones romanas por El autorizadas."

Cambios y variaciones. Algunos que se creen sagaces y zahories en la búsqueda y hallazgo de contradicciones afirman que un Papa se opone a otro, un documento a otro y unas normas a otras. Su conclusión les parece que tiene la fuerza de aquella flecha mortal que Bossuet disparaba con los protestantes: "¿Varias? Luego no eres la verdad".

Pero es muy diverso el caso. Porque no se trata aquí del contenido ideológico de la Verdad que permanece intacto, sino de las aplicaciones prácticas que pueden y deben ser muy diversas y aun nuevas, según lo impongan las circunstancias.

Un general, tiene en sus manos los planos del Estado Mayor. Pero si en el curso de la batalla fallan las previsiones, actúan imponderables, surgen situaciones nuevas, debe introducir variaciones para hacer frente al enemigo. El frente en el proceso vital es muy fluido y cambia rápidamente. Se imponen rápidamente cambios de táctica.

Así termina León XIII su RERUM NOVARUM: "Aplíquese cada uno a la parte que le toca y prontísimamente, no sea que con el retraso de la medicina se haga incurable el mal que es tan grande. Den leyes y ordenanzas previsoras los que gobiernan los Estados; tengan presentes sus deberes los ricos y los amos; esfuércense, como es razón los proletarios, cuya es la causa y puesto que la religión, como al principio dijimos, es la única que puede arrancar de raíz el mal, pongan todas las miras principalmente en restaurar las costumbres cristianas, sin las cuales esas mismas armas de la prudencia, que se tienen como muy idóneas,

valdrán muy poco para alcanzar el fin deseado.”

Esto se escribía en 1891; pero desde entonces el ritmo de aceleración ha sido tan violento que en 1940 podía firmar Pío XII: “En veinte años han podido suceder profundos trastornos que valen por siglos, los cuales no sólo cambian la estructura política de las naciones y sus mutuas relaciones, sino que modifican las mismas ideas morales y sociales de la humanidad.”

Ante esta realidad urge una revisión, una renovación, una adaptación que supone rápidas actuaciones en las medidas concretas. Y como siempre surgen dos corrientes contrarias que, concidiendo en el fin, discrepan en los medios. Porque unos quieren lanzarse a una revolución total, desligándose por completo del pasado y buscando soluciones nuevas. Otros, por el contrario, se sienten excesivamente tributarios del pasado para desprenderse de sus influencias.

A estas dificultades sale al paso Pío XII en un discurso (29-4-1949) a los exalumnos del Seminario Pontificio de Anagni y cuya idea central es “que la Iglesia debe evolucionar con los tiempos”.

Si es verdad que están en un error aquellos que, movidos por una pueril e inmoderada ansia de novedad, perjudican con sus doctrinas y con sus actos y con sus agitaciones la inmutabilidad de la Iglesia, no es menos cierto que se engañarían también los que buscaran más o menos conscientemente, anquilosarla en una estéril inmovilidad. La Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo, es, como los hombres que la componen, un organismo viviente, sustancialmente siempre igual a sí mismo; y Pedro reconocería en la Iglesia Romana del siglo XX aquella primera sociedad de creyentes a quienes él arengaba el día de Pentecostés. Pero el cuerpo vive, crece, se desarrolla, tiende a la madurez.

El cuerpo Místico de Cristo como los miembros físicos que lo componen, no vive ni se mueve en lo abstracto, fuera de las condiciones incesablemente mudables del tiempo y del espacio; no está ni puede estar segregado del mundo que lo circunda; es siempre de su siglo; avanza con él de día en día, de hora en hora, adaptando continuamente sus maneras y su comportamiento al de la sociedad en medio de la cual debe obrar.”

Hermoso comentario en lo que concierne a la inmovilidad, enquistada en la tradición son las palabras del Obispo de

Solsona, Mons. Vicente E. Tarancón en su obra “EXAMEN DE CONCIENCIA O AUTOCRITICA?”. La tradición, dice, tiene una gran fuerza formativa y una eficacia excepcional en la vida de los pueblos cuando una tradición viva. Pero es peligrosísima cuando es una tradición estancada; una tradición que va perdiendo poco a poco su contenido. Una tradición no vivida se convierte pronto en pura fórmula. La tradición nos habla del pasado, una cosa que pertenece a la historia. No es una joya que nosotros hemos recibido de nuestros mayores y que hemos de conservar bajo llave para evitar su pérdida. La tradición nunca está completa. Es cosa que se va haciendo continuamente. Como el negocio o la finca que nos legaron nuestros mayores y que nosotros hemos de continuar cultivando para que siga produciendo.

Nosotros hemos de incorporar la tradición a nuestra vida. La hemos de asimilar. La hemos de enriquecer con nuestra propia vitalidad. Y cuando la tradición no se asimila ni se incorpora a la vida, se convierte en un peso muerto que nos abruma y nos vence.

Quizá no haya nada peor para un pueblo que una tradición gloriosa que no se sabe continuar y renovar... Un pueblo así se halla abocado a la ruina. Como los herederos de casas grandes que no han cuidado de revocar la casa señorial ni de cultivar los bienes heredados hasta que se dan cuenta de que la casa está llena de grietas y amenaza ruina y que los bienes se han hecho improductivos”.

Es el gran principio que actúa en todas las manifestaciones magisteriales de Pío XII. Los cambios que se operan en la sociedad imponen nuevas orientaciones, nuevas tácticas y nuevos métodos. Y esto no sólo no implica ninguna mengua de la verdad, sino que la confirma y vitaliza extrayendo de su contenido las aplicaciones prácticas en las nuevas circunstancias.

Clero y seglares. Por eso cuando habla a los sacerdotes partiendo de la base inmutable de la santidad que “la hora actual exige del sacerdote una virtud más fuerte, un celo más ardiente, y una pureza más intrépida, orienta al párroco en su labor pastoral hacia

- 1º Conocimiento práctico de las necesidades parroquiales.
- 2º Fijación precisa de los objetivos.
- 3º Cálculo de las fuerzas disponibles.
- 4º Encuadramiento hábil y empleo acertado de ellas.
- 5º Ritmo del trabajo en consonancia

con las necesidades de defensa, conquista y reconstrucción.

6º Ley de la fidelidad incondicional a la persona de Jesucristo y a sus enseñanzas con humilde y sumiso ofrecimiento.

Es decir, en la parroquia moderna se impone la ordenación y coordinación de todas las fuerzas vivas hacia un objetivo común.

Para los religiosos, tiene tres frases de sincero encomio, estímulos para una observancia más regular, celo más ardiente y adaptación más adecuada, de suerte que los hijos lleven en los tiempos que les ha tocado vivir la misma renovación que llevaron a los suyos los Fundadores.

En las variadísimas profesiones que absorben la actividad de los seculares ha buscado siempre el reajuste de los grandes principios cristianos con el movimiento actual; no a fuerza de un irenismo que deje jirones del dogma, en su empeño pacifista, sino por medio de oportunas adaptaciones que depositen el vino viejo en odres nuevos. Y es Maestro consumado en el arte de proyectar la luz de los principios cristianos en la variadísima problemática mundial, de suerte que todo se sienta vivificado por el espíritu de Jesús.

A los seminaristas lo mismo que a los universitarios, a los dirigentes de A. C., lo mismo que a los trabajadores, al Colegio Cardenalicio y a los Académicos dei Nuovi Lincei, a pastores y sastres, a periodistas y funcionarios públicos, a presos y enfermeros, en temas religiosos, sociales, benéficos y técnicos, su palabra expresiva ofrece un pensamiento claro que refleja la luz orientadora de Cristo en la vida moderna.

El lector podrá por sí mismo con un rápido análisis comprobar la exactitud de nuestro aserto. En la imposibilidad de penetrar en esa densa selva de 19 volúmenes que forman las Encíclicas, Radiomensajes, Constituciones, Discursos, Allocuciones, Cartas... quiero fijarme en la primera Encíclica que el 20 de Octubre dirigió al mundo cristiano.

El programa de Pío XII. A pesar de sus desesperados esfuerzos por la paz, estalló la guerra. Libres y sin freno corrían en Europa, por las llanuras del Este Oriental los caballos de Marte y bajo sus cascos de acero, apenas en el lapso de tres semanas, desapareció la heroica Polonia. La cerrazón era densa y ni el más delgado hilo de esperanza

se filtraba por ningún resquicio del negro horizonte.

Tras una consagración piadosa de su Pontificado a Cristo Rey, lo que desea es que esa fiesta nos anime "a una profunda renovación y despertar en el espíritu del reino de Cristo... Que en los fieles se convierta en llama cada vez más luminosa y pura el fuego que Cristo vino a traer a la tierra... que los tibios, cansados y hastiados maduren en su corazón pusilámne nuevos frutos de renovación de espíritu y de robustecimiento de ánimo... que Cristo sea para los extraviados y paganos, camino, verdad y vida..."

Una finalidad perseguirá en su Pontificado "DAR EL TESTIMONIO DE LA VERDAD, ENVUELTO EN CARIDAD". En momentos en que el odio bramaba por la boca de los cañones, estas mansas palabras caían como rocío en los campos de batalla.

Los males que torturan a los hombres hunden sus raíces en el agnosticismo religioso y moral que reviste una doble forma:

1ª Olvido de la ley de caridad y solidaridad,

2ª Olvido de la dependencia que la autoridad tiene de Dios.

De estas dos hidras, con sus numerosas cabezas, han brotado los males que pujan en la sociedad y las naciones. Pero íntimamente persuadido de que "la salvación de los pueblos no viene de los medios externos, de la espada que puede imponer condiciones de paz pero no crearla, aspira a crear y vitalizar las energías salvadoras que sólo nacen del interior, del espíritu. Para obra tan gigantesca quiere asociar a todos los católicos."

Entre tanto El seguirá luchando "para acelerar el día en que la paloma de la paz encuentre sobre la tierra sumergida en el diluvio de la discordia, dónde posar su pie; confiando más que en los hombres en Dios Omnipotente a quien diariamente dirigimos la plegaria: "A la sombra de tus alas esperaré hasta que pase la iniquidad."

Que Pío XII fué fiel a su ambicioso programa, nadie lo pone en duda. Los venideros que podrán, con la distancia, enfocar y valorizar mejor sus realizaciones, darán a este Pontificado, un puesto de honor entre los sucesores de Pedro.

VICTOR IRIARTE, S. J.